

Escrutinio del Catolicismo Norteamericano

(Condensado de "Herder Correspondence", Marzo 1965, y traducido por GAJ.)

Es muy probable que el famoso lema del "aggiornamento" haya alentado en gran parte la lluvia de críticas con la que se apedrea a la Iglesia en casi todos los países del mundo. Ciertamente si hay cosas que corregir, que modificar que "poner al día", preciso es señalar primero la desviación, la torcedura, el atraso. Pero después ha de ofrecerse una solución positiva a los problemas planteados, de tal modo que no se quede todo en pura labor demoledora, que contribuya a paralizar el optimismo de los diligentes obreros de la viña, sin ayudarles a hacer una labor más fructífera. Esperamos pacientemente a que la segunda ola nos traiga soluciones. Y decimos pacientemente, porque es mucho más fácil señalar un defecto que corregirlo, y estos críticos de buena fe, se suelen quedar la mayor parte de las veces en "eso", en "críticos", dejando a los criticados que se las arreglen como puedan para salir del paso, o bien ofreciendo unas soluciones de Pero Grullo, en las que su simplismo corre parejas con lo imposible de su aplicación.

Por estos motivos hemos dudado en publicar el presente escrito, que contra el blanco preferido por tantos doctos turistas (perdón: tantos doctos sociólogos) que visitan América, apunta esta vez a nuestros hermanos en la fe de los Estados Unidos. Y hemos dudado porque ni estamos de acuerdo con muchas de sus afirmaciones, ni a varios de los autores citados los consideramos de tanta autoridad como para acertar plenamente en una cuestión tan delicada. Publicamos con todo estos juicios para que nuestros lectores sepan lo que se dice "por ahí". Sin más añadidura.

El catolicismo norteamericano ha pasado últimamente por un serio escrutinio periodístico. "Time", el 21 de agosto de 1964, aprovechó un artículo sobre el Cardenal Cushing, de Boston, para lanzar una discusión sobre la Iglesia Norteamericana en su conjunto. El "New York Times Magazine" del 22 de noviembre de 1964 lleva un artículo titulado "El Vaticano II reeduca a los obispos norteamericanos", por John Cogley, antiguo editor del semanario católico liberal "Commonweal". "The Sign", revista mensual de los Padres Pasionistas en los Estados Unidos, publicó en diciembre de 1964 un informe de la Iglesia Católica en California por John A. O'Connor. El semanario católico inglés "Tablet" ofrecía, el 19 y el 26 de diciembre de 1964, dos artículos en los que Christopher Mollis, el conocido escritor católico y antiguo miembro del Parlamento, resumía sus impresiones acerca del catolicismo norteamericano. Un artículo del P. Andrew M. Greeley, "El catolicismo de los Estados Unidos; crecimiento o declinación", se publicó en "America" del 24 de octubre de 1964.

Lo más notable, sin embargo, ha sido el artículo de 18,000 palabras sobre la Iglesia Católica en Norteamérica por Edward R. P. Sheehan, que "The Saturday Evening Post" publicó el 28 de noviembre de 1964. El subtítulo del artículo es "No la paz, sino la espada" y el tono es el de autocrítica y descontento, que está predominando a través del catolicismo norteamericano. El autor empleó diez meses en preparar su artículo y ha apretado en él tanta información de tan distintas fuentes que no es fácil resumirlas aunque cinco entrevistas principales sobresalen, cada una de las cuales usa para agrupar sus generalizaciones sobre el catolicismo norteamericano.

"Catolicismo de curia".

Primero viene una entrevista con el Cardenal Francis Spellman, Arzobispo de Nueva York. Mr. Sheehan trata al Cardenal Spellman como al arquetipo del "catolicismo de curia" (o cancellería). Lo que tal frase significa está mostrado de la mejor manera si citamos el evocador relato que el periodista da de su visita a la Cancillería de la Arquidiócesis neoyorquina:

"Al entrar por la puerta, mis oídos se llenaron con el zumbido de máquinas sumadoras. Escaleras arriba, en una habitación espaciosa y con sus paredes cubiertas de maderas, activos y eficientes jóvenes monseñores estaban dispuestos en claras filas de escritorios, más como ejecutivos de un banco de inversiones o aun como una gran agencia de anuncios. "Dios mío, esta máquina Serox es maravillosa!", dijo uno de los monseñores al sentarse para hablar conmigo, mientras sus manos sostenían un montón de papeles que acababa de sacar de su más reciente adquisición en equipo clerical. Esta observación dió el tono a nuestra conversación. "La Arquidiócesis de Nueva York tiene al presente noventa millones de dólares en construcciones que progresan", se me informó. "Y estamos logrando lo que vale cada centavo en cada dólar que gastamos". (1)

(1) La descripción que aquí se hace de la Cancillería neoyorquina es totalmente especiosa, pues da la sensación de que en lo que allí se ocupan aquellos monseñores es en negocios, como en un banco. Y no hay tal, como nos consta por las muchas veces que nosotros mismos estuvimos en ella. No creemos que el medio para "evitar la mediocridad" esté en desorganizar el régimen interno de las curias, sustituyéndolo por una alegre improvisación de momento, con grandes esperas y antesalas, como se estilaba por la vieja Europa. N. de la R.

El catolicismo de curia, pues, es eficiente y ha desarrollado obras de caridad en una escala enorme. El mismo Cardenal Spellman es descrito por Sheehan como afable y compasivo. Pero el catolicismo de curia es capaz de vicios burocráticos al estimular la mediocridad y resistirse al cambio. Su sello puede verse, así lo piensa Mr. Sheehan, en muchos de los Obispos del oriente de los Estados Unidos, en cuya designación ha influido el mismo Cardenal Spellman.

"Eran ejecutivos más que "hombres proféticos" y pocos de ellos eran intelectualmente destacados. Como el mismo Cardenal Spellman, eran producto de un sistema de seminario aislado y más bien estrecho... Eran hombres que se habían manifestado competentes como abogados de derecho canónico, rectores de seminarios, administradores o levantadores de dinero. Eran tradicionalistas en teología, prudentes en la práctica, y preocupados, como el Cardenal, con la conservación del orden y de la tranquilidad en la Iglesia". (2)

Rechazo de la tradición curial.

Del Cardenal Spellman el autor pasa a una entrevista con un Arzobispo italiano no identificado, "un hombre alto entre los funcionarios del Vaticano y muy interesado en la Iglesia norteamericana". De nuevo, Mr. Sheehan trata el tema de su entrevista como un símbolo —esta vez un símbolo de la tradición curial romana conservadora, que suscita la ira de muchos católicos americanos—.

Mr. Sheehan confiesa que el arzobispo le sorprendió agradablemente. Era modesto y encantador. Pero sus opiniones eran intransigentes. Del teólogo liberal Hans Küng dijo: "Pienso que el Padre Küng ha insultado a mi madre, que es la Iglesia". De los nuevos sabios en Escritura dijo: "Esos hombres son expertos en lenguas semíticas y en arqueología, pero con frecuencia son flojos en su teología". Obsequió a Mr. Sheehan con un ejemplo de la clase de erudición de que desconfiaba: "Hojeando las páginas, encuentro un número de señales que el Arzobispo había hecho en los márgenes: "todo esto es pura conjetura", "esto es ridiculizar la Biblia"...; "tonto, qué hay sobre la inspiración divina?"

Levanté mis ojos hacia el Arzobispo: "A veces, Excelencia, dije, la doctrina puede parecer un poco estrecha".

—"Ah, eso es porque la verdad es estrecha".

Mr. Sheehan usa esta observación como punto de partida para una digresión sobre la his-

(2) Con esta serie de "defectos" (ojalá otros muchos Obispos los tuvieran) se puede hacer mucho bien en una Diócesis. N. de la R.

toria moderna de la Iglesia. Para él, ella ilustra la mentalidad que muchos católicos americanos están últimamente en proceso de rechazar.

Iglesia de "tipo irlandés".

Esta mentalidad es el resultado de la huella puritana, conservadora, irlandesa, que ha sido dominante en la Iglesia americana. Este tipo de catolicismo irlandés tiene grandes realizaciones a su favor; en contraste con la Iglesia de la Europa continental, ha logrado mantener la lealtad de la gran mayoría de su rebaño. Pero esto se ha hecho al precio de encerrar a los católicos en un ghetto cultural. Educados en la enorme red de escuelas parroquiales, los católicos se han desarrollado "defensivos, parroquiales, insulares y sectarios". A pesar de los esfuerzos de hombres tales como Mons. John A. Ryan, aquéllos mostraron poco interés en el movimiento social católico. La atmósfera cultural del catolicismo americano ha servido para echar fuera de la Iglesia a algunos de los más célebres escritores americanos. Políticamente, los católicos parecen singularmente inclinados a seguir a demagogos tales como el P. Charles E. Coughlan y al senador Joseph Mc. Carthy.

Esta situación fue examinada seriamente por primera vez en un ensayo de Mons. John Tracy Ellis, publicado por él en la revista trimestral "Thought" de los jesuitas, en 1955. Mons. Ellis no estaba satisfecho con las excusas de cajón a las deficiencias de los católicos —que eran económicamente subprivilegiados, o llegados nuevos, o víctimas del prejuicio protestante—. Creía que el principal reproche está en los mismos católicos y en su mentalidad autoimpuesta de ghetto. El artículo de Mons. Ellis levantó una tormenta; pero como era el más distinguido historiador de la Iglesia Católica americana, sus ideas no podían echarse a un lado fácilmente. Mr. Sheehan cree que, quizás más que cualquier otro, excepto el mismo Papa Juan, Mons. Ellis inspiró el clima de autocritica que ahora se difunde por el catolicismo norteamericano.

La cuestión racial.

Desde su anónimo arzobispo italiano, Mr. Sheehan pasa a un sacerdote de la Arquidiócesis de Chicago, de 32 años, el P. Daniel Mallotto. El P. Mallotto trabaja en el barrio bajo de negros de Lawndale. El "come, bebe, camina, habla, duerme y sueña con justicia para los negros". Escribe airados artículos sobre la cuestión racial. Se hace amigo de todo abandonado que se cruza en su camino. Junto con otros dos sacerdotes, que llevan la parroquia con él en equipo, ha lanzado un programa de educación a tiempo parcial, una oficina de colocaciones, y un día de campo para los niños. Su obra atraviesa por completo los límites denominacionales. El P. Mallotto, sin embargo, no se considera

sencillamente como un trabajador social que lleva un cuello romano. Hace estas cosas porque, como sacerdote, debe llevar Cristo al pueblo suyo, y en las circunstancias de Lawndale esto es el modo mejor de hacerlo.

El caso del P. Mallotto es, para Sheehan, significativo en un doble aspecto. En primer lugar, es un tipo de la atmósfera progresista de la Arquidiócesis de Chicago. Esta se encuentra dirigida por el Cardenal Alberto Meyer. El Cardenal está agotado y retirándose, y tolera más que dirige el cambio. (Murió poco después). Pero él y sus predecesores han dado a sus sacerdotes libertad para hacer experimentos, y el P. Mallotto es solamente uno de los brillantes innovadores que esta política ha producido. Otros a quienes Sheehan menciona son Mons. Reynold, M. Hildebrand, quien como rector del Seminario de Santa María del Lago desde 1936 hasta 1944 abrió ese centro a las corrientes litúrgicas y teológicas más avanzadas del día, y Mons. John J. Egan, pionero de la obra social entre los negros de Chicago.

En segundo lugar, no obstante, el P. Mallotto es significativo porque es completamente distinto del tipo de la actitud de la Iglesia Católica americana para con el negro. Hay sin duda algunos notables campeones de la igualdad racial. En San Luis, por ejemplo, el Cardenal Joseph Ritter ha adoptado una política de selección de compras que retira el lucrativo apoyo de la Arquidiócesis a toda firma que discrimina contra los negros. Pero Mr. Sheehan considera que esto es excepcional. "En docenas de otras Diócesis, dice, la Iglesia ha contribuido con muy poca dirección en la crisis del color". En Nueva Orleans, por ejemplo, el arzobispo John E. Godoy se ganó una reputación de valor al excomulgar a Leandro Pérez y a otros católicos racistas en 1962. Pero, dice Sheehan, es criticado por muchos en su diócesis debido a timidez en tomar parte en las demostraciones de derechos cívicos, o aun en escribir a los periódicos sin su permiso personal.

El Cardenal "reaccionario".

Desde Chicago Sheehan mueve su proyector a Los Angeles, donde entrevistó al Cardenal James Francis McIntyre, de 78 años. El Cardenal McIntyre es un hombre bondadoso y paternal. Pero, dice Mr. Sheehan, no es meramente conservador, es reaccionario y no hace esfuerzo alguno por ocultarlo. (3)

Las opiniones del Cardenal McIntyre, tal como las refiere Mr. Sheehan, ciertamente lo colocan a la extrema derecha así en asuntos políticos. (3) John Cogley, en *The New York Times Magazine* de 22 de noviembre de 1964, convendría con esto. Dice que más de un observador del Vaticano ha descrito al Cardenal como el prelado más reaccionario de la Iglesia, sin excepción. Una visión más amistosa del Cardenal, la da John A. O'Connor, en su retrato del catolicismo americano, en *"The Sign"* de diciembre de 1964.

ticos como religiosos. Cree que el sistema de las escuelas públicas es ateo, que la Corte Suprema es subversiva, que el comunismo es la amenaza más seria para América. Tiene sospechas de la reforma litúrgica y del movimiento ecuménico. En su Seminario de San Juan están prohibidos los semanarios católicos liberales "Commonweal" y "America". Sobre la cuestión racial es donde tiene sentimientos más fuertes. Ha reprendido a varios de sus sacerdotes por predicar desde el púlpito acerca de la injusticia racial —ésto era, dijo, un problema político, no moral. Los sacerdotes más jóvenes y radicales de la diócesis no se atrevieron a hablar con Mr. Sheehan en el recibidor del hotel: temían represalias, si se les veía con un escritor.

Sin embargo, las cosas pueden estar cambiando, aun en la diócesis de Los Angeles. En junio, un sacerdote de la diócesis, el P. William du Bay, acusó públicamente al Cardenal de "grandes desaguizados en su oficio" por su dejadez en la cuestión racial. El incidente tuvo publicidad internacional, y se dice que el Cardenal se dio cuenta de que ello lo había hecho aparecer ridículo en Europa y en Roma. Otros obispos lo visitaron al parecer para persuadirlo de que tomara una posición en el asunto racial. Posteriormente, el Cardenal McIntyre firmó una declaración de los Obispos de California que condenaban la discriminación racial.

Cushing de Boston.

La siguiente personalidad de que trata extensamente Mr. Sheehan es el Cardenal Richard Cushing, Arzobispo de Boston. En contraste con los otros escrutados por Sheehan, el Cardenal Cushing no se puede considerar como típico. De hecho, es precisamente lo opuesto: según Sheehan, es un contraste con "el obispo típico americano, que ha sido escogido por haberse mostrado maestro de prudencia".

Porque el Cardenal Cushing tomará ideas de los más variados sectores. Participa con el Cardenal McIntyre de un odio simplista al comunismo. Ha apoyado a la sociedad extremista de derecha John Birch. Pero es también miembro vitalicio de la Asociación Nacional para el Progreso de la Gente de Color, y fue campeón del movimiento ecuménico mucho antes de que se pusiera de moda entre los católicos. En el presente clima de la opinión católica, la receptividad ideológica del Cardenal Cushing quiere decir que es "liberal". En palabras del "Time" de 21 agosto 1965, "en esta Iglesia que surge, Cushing no merece ni obtiene crédito alguno de original, rebelde, teólogo, teórico u organizador del cambio. Pero sobresale como el viejo intuitivo en un alto puesto, que dio a la renovación un empuje cordial porque le parecía que debía hacerse".

La última entrevista de Mr. Sheehan no es con un individuo. Es con un grupo: los seminaristas de la Iglesia Católica americana. Visitó unos doce seminarios y habló con un corto número del cuerpo estudiantil en cada uno de ellos. Encuentra que muchos, "la nueva generación" como se les llama, hacen críticas radicales al sistema actual.

Primeramente, quieren revisar el concepto de la obediencia clerical. Como lo dice el P. Andrew Greeley, el sociólogo de Chicago, "están grandemente interesados en cosas como la honradez, la integridad y la autenticidad. No se niegan a obedecer, pero antes de hacerlo quieren sentarse y discutir las razones". En segundo lugar, quieren sentarse y discutir el seminario desde el mundo. En vez de gastar horas en asuntos muertos, como la herejía arriana, quieren saber sobre los problemas reales de la vida moderna.

Seminarios en cambio.

Se han hecho cambios en algunos seminarios, pero no bastan para satisfacer la frustración experimentada por muchos de los estudiantes. Mr. Sheehan cree, sin embargo, que los que perseveran hasta el sacerdocio muestran una compasión más honda hacia la fragilidad humana que sus predecesores y están más preparados para admitir que no tienen todas las respuestas. En particular, la ley de la Iglesia sobre la contracepción no tiene ya completa convicción para ellos. (4)

La conclusión de Mr. Sheehan es optimista. Prevé tensiones de la Iglesia—y si la jerarquía deja de mantener el paso con las peticiones de la "nueva generación"—, esas tensiones pueden llegar a ser serias. "Pero es posible que tales contradicciones sean una señal de salud". "Muchos católicos avisados ven la nueva tensión en la Iglesia americana como una intervención directa del Espíritu Santo". Ven la presente angustia espiritual como su sustituto tangible, en una sociedad rica, para la pobreza y la persecución. "No la paz, sino la espada". Casi puede entreverse al buen Papa Juan, aquel sagaz campesino, sonriendo maliciosamente sobre las consecuencias de su nueva Pentecostés.

"Al borde de su mayor era".

Todavía más optimista es la visión del P. Greeley, profesor de sociología y miembro del Centro de Investigación de la Opinión Nacional, en la Universidad de Chicago, en su artículo

(4) Las ideas cambiantes en este campo son también señaladas por Christopher Hollis, en el "Tablet" de 19 y 26 de diciembre de 1964.

de "America". El autor, que se llama a sí mismo un "pesimista reformado", ve así la situación:

"El catolicismo norteamericano está indudablemente en una crisis, una seria crisis, que bien puede agravarse. Pero es una crisis de crecimiento, no de decadencia. Para citar nuevamente al Papa Juan, estamos a punto de embarcarnos en una "nueva era". El catolicismo norteamericano está al borde de su mayor era. Los dolores de la crisis actual son dolores de parto, o, si se quiere, los dolores crecientes de la adolescencia. No es una diáspora lo que está adelante de nosotros, sino una nueva edad de oro, no somos una secta, sino una denominación". "Y esta denominación tendrá creciente influjo en la vida y la cultura americana. La cristianidad de los primeros tiempos no va a reaparecer, pero estamos a punto de empezar una era en que la religión y la vida estén en armonía mucho más estrecha de lo que lo han estado en el pasado inmediato".

Aduce pruebas de esto de varios campos (liturgia, ecumenismo, el sistema educacional, los graduados católicos, el clero joven, el movimiento seglar, la prensa católica) y prosigue:

"Soy bastante optimista para esperar un aumento en las vocaciones religiosas y sacerdotales (especialmente porque pienso que la actual escasez es en gran parte resultado de la baja tasa de nacimientos en los años 30). Creo que la calidad de libros publicados por las firmas católicas mejorará notablemente. Preveo una mayor confianza en la ciencia social y la planificación para las decisiones eclesásticas. Veo que el principio colegial se hace operante de nuevo en la Iglesia, con obispos que actúan en cooperación mucho más íntima con sus presbiterados, y sacerdotes en cooperación mucho más íntima con su laos. El uso fraterno de la autoridad reemplazará gradualmente al paternalismo; y hasta el párroco dejará de ser la "no persona" que es con frecuencia. El americano no católico—que ya sustituye al miedo con la fascinación—se hará más interesado y simpático para con la Iglesia, aunque no esté dispuesto a unirse o reunirse con ella. Podría proseguir, pero ya los profetas de desdichas ven cuán coloreados son mis cristales".

"La edad dorada que preveo será mucho menos que perfecta y se logrará sólo mediante un trabajo duro y mucho sufrimiento; cuando llegue, tendremos que encarar un conjunto todo nuevo de problemas que todavía no se imaginan. Ni vendrá automáticamente; puede demorarse, puede posponerse, puede debilitarse. Pero no creo que pueda ser impedida... No sólo las fuerzas históricas y sociales son demasiado fuertes; pienso que éste es uno de esos tiempos en la historia, en que el Espíritu Santo simplemente no va a tolerar demasiado obstruccionismo humano".